

Índice de los Artículos

Jonás, 12ª parte

Judas, Precaución y Consejo, 1ª parte

La Suficiencia Completa del Sacrificio del Calvario

La Cena del Señor

La Aurora desde lo Alto

Altars de la Biblia, 1ª parte

Jonás, 12ª parte

Steve Walvatne

Los Dolientes

“Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos... ¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos?” (3:5, 9).

Hemos llegado ahora a una escena increíble, una que trasciende aún la experiencia de Jonás con el gran pez. La proclamación del predicador había sacudido a Nínive. Como escribió David, “Voz de Jehová con potencia... Voz de Jehová que quebranta los cedros” (Sal. 29:4-5). Dijo C. H. Spurgeon, “Cuando el Señor envía la palabra, rompe corazones más resistentes que los cedros” (“El Tesoro de David”), y así fue aquí. Por toda calle de la ciudad resonaban las palabras de Jonás, “De aquí a cuarenta días Nínive será destruida”.

Pronto, el “hablar” de la ciudad se convirtió en el “terror” de la ciudad, haciendo cesar toda actividad. Los negocios cerraron; los placeres se evaporaron; sobrevino un riguroso duelo. Hombres altivos, hombres profanos, hombres despiadados – individuos de todas las tendencias – cayeron postrados ante Elohim, el Dios supremo del cielo y de la tierra. Bien pudieran decir, “Cesó el gozo de nuestro corazón; nuestra danza se cambió en luto” (Lam. 5:15). ¡Cómo cambian las cosas cuando el cielo pone un gancho a los hombres!

En este artículo vamos a considerar los versículos 5-9 del capítulo 3, observando cómo afectó el mensaje de Jonás a (1) Los Residentes de Nínive y a (2) El Gobernante de Nínive.

Los Residentes de Nínive

La predicación de Jonás Alteró la Actitud de los Ninivitas, porque “los hombres de Nínive creyeron a Dios”. El profeta se perdió de vista cuando los oyentes miraron más allá de él, a la Fuente de la proclamación. Allí vieron a Uno

“temible sobre todos los dioses” (Sal. 96:4) y creyeron que Su advertencia a ellos era verdadera. La profundidad de esa creencia es desconocida, aunque como dijo W.W. Fereday, “...No es improbable que algunos individuos (posiblemente muchos) encontraron bendición eterna como resultado de la gran alarma” (“Jonás y sus Experiencias”). Indudablemente, sin embargo, su actitud alterada personificaba la contrición que Dios desea de pecadores que perecen o de santos descarriados (Sal. 51:6). Los ofensores deben ser honestos, tienen que confesar, de otra manera “gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oír” (Ez. 8:18).

La predicación también Alteró el Apetito de los Ninivitas, porque ellos “proclamaron ayuno”. Ayunar, “un ejercicio designado para mortificar la carne en beneficio del espíritu” (George Young: “Sermones en el Libro de Jonás”), demostró realidad.

Porque, ¿cómo comer cuando la maldición flota en el aire? ¿O como sentarse a descansar, cuando las aflicciones se acercan?

Atribulados intensamente y roídos por la desesperación, Se inclinaron ante Dios, Su ira a detener.

Su apetito por misericordia ahora excedía su apetito por carne. En su búsqueda por lo celestial, ellos perdieron corazón por lo terrenal. Tal es el caso todavía, con los que sienten el peso del pecado y temen su paga. Las prioridades se definen cuando se esfuerzan por “entrar por la puerta angosta” (Luc. 13:24).

En tercer lugar, la predicación de Jonás Alteró la Apariencia de los Ninivitas, porque ellos “se vistieron de cilicio”. Compuesto principalmente de pelo de cabra, el cilicio era una tela áspera, incómoda, usada principalmente por los profetas, los prisioneros, y la gente pobre. Por lo general manifestaba un espíritu contrito. Por lo tanto, al usar

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de “Verdades para Nuestros Días”, ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de “Verdades para nuestros Días”, y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

el cilicio, los Ninivitas expresaron su pobreza y desconsuelo, su aflicción y arrepentimiento de toda la maldad manchando sus vidas.

Tres cosas más merecen observarse.

(1) Los Ninivitas recibieron el mensaje de Jonás sin distinción. Todas las personas, “desde el mayor hasta el menor de ellos” creyeron a Dios. Todos tenían su participación en el hecho, reconociendo que “no hay diferencia: por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:22-23).

(2) Los Ninivitas también recibieron el mensaje de Jonás sin demora. Nadie, al parecer, titubeó, o declaró como Félix, “Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré” (Hechos 24:25). Ellos de verdad estaban muertos y estaba bien que lo hicieran.

Por último, (3) los Ninivitas recibieron el mensaje de Jonás sin discordia. Pocos, si hubo alguno, se burlaron o despreciaron las palabras de Dios, a diferencia de multitudes que como necios “se mofan del pecado” (Prov. 14:9), sin tener “temor de Dios delante de sus ojos” (Rom. 3:18). Algo similar ocurrió en Hechos 8:5-6, donde leemos, “Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe...” No es de extrañar que leamos inmediatamente después, “había gran gozo en aquella ciudad” (v. 8).

El Gobernante de Nínive

La palabra del mensaje de Jonás “llegó hasta”, o “alcanzó” al rey de Nínive, lo que sugiere que lo que él recibió fue un informe indirecto del fenómeno repentino ocurriendo al pueblo. Las noticias probablemente se filtraron desde los recintos de la ciudad y la reacción del rey a esto no fue nada menos que asombrosa. En general, no son llamados “muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles” (1 Cor. 1:26), pero como la Condesa de Hutingdon de Inglaterra (1707-1791) repetidamente decía: “Gracias a Dios porque dijo ‘ni muchos’ y no ‘ningún’”. El rey de Nínive está entre los pocos, quien, por un tiempo por lo menos, se inclinó ante la majestad del Dios Todopoderoso. Cuatro objetos en particular, caracterizaron la actitud del rey cuando escuchó el mensaje del cielo. Se nos informó de,

1. El Descenso del Rey: “Se levantó de su silla... y se sentó sobre ceniza”.
2. El Despojo del Rey: “Se despojó de su vestido”.
3. El Decreto del Rey: “E hizo proclamar y anunciar en Nínive”
4. El Deseo del rey: “... y no pereceremos”.

El Descenso del Rey. El trono de un rey era emblema de su autoridad y poder, pues desde su elevada altura descendían los juicios y eran aplicadas las reglas. Que un soberano abandonara su trono y asumiera el piso a la par

que sus súbditos más bajos, era una expresión de sumisión absoluta. Este gobernante ni se inmutó, sino que libremente cayó en un lugar de cenizas, para que a través de ese luto pudiera apelar al Rey de todos los reyes, el mismo Dios del cielo. ¡Qué ejemplo para sus súbditos!

El Despojo del Rey. Nada estaba más fuera de lugar en un momento como este, que la vestidura lujosa del Rey. Por lo tanto, “se despojó de su vestido”. Las palabras connotan una acción deliberada. Él se apresuró a hacerlo a un lado. Richard Sibthorp imaginó la angustia del rey, “Alejad la vestidura de mí, su brillo es doloroso a mi vista... Obscureced las habitaciones, callad la lengua parlanchina, y suavicen el paso del pie presuroso. Traed el cilicio. Rociadme con cenizas” (“Notas de Sermones en el Libro de Jonás”). De la misma manera, los pecadores deben prescindir de las “vestiduras” carnales que dificultan la salvación, y volverse humildemente a Cristo.

El Decreto del Rey. En consulta con sus nobles, el rey emitió un decreto, demandando,

1. Un Cese de agua y comida.
2. Una Cubierta de cilicio
3. Un Clamor a Dios
4. Un Cambio en las actividades

El Cese de alimentos y agua. “Hombres y animales, bueyes y ovejas, no gusten cosa alguna; no se les dé alimento, ni beban agua” (v. 7). Probablemente la mayoría de los Ninivitas comenzaron a ayunar antes de este edicto. No obstante, el mandato del rey lo hizo obligatorio y estableció guías para su alcance. Era un ayuno de “severidad inusual” (John Broad: “Sermones en Jonás”), que prohibía el agua, así como el alimento, y afectando tanto a animales como a humanos. Esto muestra la seriedad con la que consideró el Gobernante de Nínive el mensaje de Dios. En los días de Noé, los pecadores impíos “comían” y “bebían”, luego vino “el diluvio, y los destruyó a todos” (Luc. 17:27). De la misma forma que en los días de Lot, el vil populacho “comía” y “bebía” y “llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos” (Luc. 17:28-29). El hombre rico de Lucas 12 hizo lo mismo, diciendo, “Alma... repóstate, come, bebe, regocíjate”. Ah, pero, “Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma...” (v. 19-20). El rey de Nínive era diferente. Él temió a Dios, y ordenó cesar toda alimentación y bebida.

Una Cubierta de cilicio: “Cúbranse de cilicio hombres y animales” (v.8). Si el ayuno representó privación, entonces el cilicio representó la humillación. En resumen, la cubierta de cilicio dio testimonio del hecho de que ni hombres ni bestias eran aptos para la presencia de Dios. “Los caballos de Nínive”, escribió Richard Sibthorp, “se habían usado mucho para promover el orgullo y la opresión de sus guerreros y nobles. Era apropiado que ellos expresaran la humillación presente de sus amos por esos y otros pecados”. Como cargando un peso, el saco de cilicio áspero y oscuro pesaba en su portador como el pecado lo

hace en las almas que descubren su excesiva pecaminosidad (Rom. 7:13). Qué bueno es cuando los pecadores pierden esa cubierta y exclaman alegremente, "...me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia" (Is. 61:10).

Un Clamor a Dios: "Clamen a Dios fuertemente" (v. 8). El Rey quería un gran clamor unánime, para que llegara al oído de Dios. "Sus pecados habían estado clamando al cielo por venganza; y el mensajero de Dios estaba clamando contra ellos con la más terrible amenaza: les tocaba a ellos, pues, en esta hora de crisis alarmante 'clamar a Dios fuertemente' por misericordia" (George Young: "Sermones en el Libro de Jonás"). Aún las bestias hambrientas, dicen algunos, habrían añadido sus aullidos al patético coro. Todo eso – el gemido entero – debía encontrar su camino al Dios que habían ofendido. Sólo entonces, habría cualquier esperanza de indulto.

Un Cambio en actividades: "Conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña que hay en sus manos" (v. 8). El remordimiento de los Ninivitas no sólo tenía que levantarse desde dentro, sino resonar afuera. "Vida" y "labios" deben moverse como uno solo, porque la "fe sin obras está muerta" (Santiago 2:26). Cualquier otra cosa es una farsa y el rey lo sabía. Su arrepentimiento no valía nada si no cambiaba tanto su andar ("mal camino") como sus obras ("la rapiña [violencia] que hay en sus manos") Esto involucraba un cambio a largo plazo. El arrepentimiento sincero nunca es un acto una sola vez en la conversión, sino una actitud de por vida que sólo se profundiza a través de los años. Permanece con aquellos que recuerdan, el "hueco de la cantera de donde fuisteis [de donde fueron] arrancados" (Is. 51:1).

El Deseo del Rey. Para terminar, notaremos el incesante deseo de misericordia del rey. Aunque, al final, sólo pudo decir, "¿Quién sabe si se volverá Dios...?" J. M. Flanigan dice, "Hay una cierta tristeza en '¿Quién sabe?'... No había ninguna garantía, pero había esperanza, aunque sólo un destello". ("La Biblia Enseña, Jonás"). Los israelitas "clamaron a Jehová en su angustia, y [Él] los libró de sus aflicciones" (Salmo 107:5-6), pero, ¿escucharía Él el ruego de Nínive? Si no, entonces la ciudad "perecería solicitando Su gracia" (George Young) – no había otra opción, porque el "ardiente furor" de Dios pendía pesadamente sobre ellos. Jeremías fue testigo de su golpe sobre Jerusalén. La oscuridad veló su intensidad en el Calvario. El clamor resonó, "¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor" (Lam. 1:12). Impregnados con dioses falsos, los residentes de Nínive y su gobernante temblaron, comprendiendo en su plena medida, qué terrible era "caer en manos del Dios vivo" (Heb. 10:31)

(Continuará)

Judas: Precaución y Consejo

Joel Portman

Judas es una de las epístolas cortas que están llenas con enseñanza muy importante y aliento para los últimos días de la era cristiana. Se encuentra con la segunda y la tercera epístola de Juan en especial, ya que ambas describen las condiciones que existían cuando la primera enseñanza apostólica y sus principios han perdido mucho de su poder, y cuando la tendencia degenerativa del hombre comienza a expresarse. 2ª de Juan advierte a la dama elegida sobre los peligros que prevalecerán a causa de los falsos maestros errantes que intentarán socavar la verdad con respecto al Señor Jesús. 3ª de Juan está escrita para alentar a un hermano fiel, Gayo, en medio de los problemas en una asamblea local a causa de un hombre que buscaba dominar y controlar. Judas parece combinar y resumir ambos problemas. Él advierte a sus lectores de la enseñanza maligna que estaba entrando disimuladamente entre los santos con la resultante degeneración moral que seguiría. Él también los instruye sobre cómo continuar fieles en medio de los hombres que corromperían la sana doctrina y prácticas. Necesitamos tales advertencias y aliento el día de hoy, para que los creyentes puedan reconocer el patrón de comportamiento incorrecto y sean preservados con la fuerza espiritual y la fortaleza para seguir fielmente en el Señor y en Su Palabra.

El modelo de Judas parece seguir el ejemplo de los hombres de Nehemías cuando reconstruyeron el muro de Jerusalén frente a la oposición del enemigo (Neh. 4:17). Ellos construyeron con sus herramientas en una mano, mientras sostenían un arma de defensa en la otra. Había una necesidad de construir, así como de defender. Judas escribe sobre contender por la fe en los versículos 1-16 y muestra por qué esto es necesario, y les recuerda a los santos sobre la necesidad de edificarse a sí mismos en su santísima fe (v. 20), mientras que en los versículos restantes muestra cómo contender por la fe. Los creyentes en todos los tiempos necesitan estar equipados y listos para funcionar en ambos aspectos. El enemigo de las almas siempre se opone a la verdad y es incansable en sus esfuerzos para destruir todo lo que permanece por el honor de Dios y debe ser resistido en todos los puntos (1 Ped. 5:8-9).

La colocación de la epístola de Judas es apropiada, aunque el orden de los libros de la Biblia no es inspirado. No obstante, su posición antes de Apocalipsis es indicativa de su relación con las últimas condiciones del testimonio cristiano visto en la carta a las siete iglesias en Ap. 2-3 y los siguientes juicios de Dios desatados sobre un mundo impío. Las condiciones de maldad del mundo que resultan del desprecio a la Palabra de Dios tristemente también afectan a los creyentes genuinos, por lo que vemos la necesidad de reforzar los principios divinos en los corazones de los santos, especialmente en la última hora que está indicada.

Asumimos, como es la convicción de la mayoría de los comentaristas confiables, que esta epístola fue escrita por un hombre que no creía en el Señor durante el periodo de Su humanidad, pero que se volvió un seguidor de Cristo después de Su resurrección. Parece haber sido hermano de Santiago (como él lo dice), quien era el medio hermano del Señor. Algunos han sugerido que el Señor Jesús se apareció primero a Santiago (1 Cor. 15:7), y que Santiago fue fundamental para convencer a los de su familia de la resurrección de Cristo. Evidentemente estaba en el aposento alto después de la ascensión del Señor (Hechos 1:14). Su escritura es como la de su hermano en muchas formas; ambos usan palabras contundentes, descriptivas y fuertes, y expresan su enseñanza en una forma muy clara y cierta. Observamos que sacan sus ilustraciones de la naturaleza y de los asuntos del hombre, por lo que llegamos a la conclusión de que fueron observadores cuidadosos de su entorno. Notamos las vívidas imágenes en Santiago 1:11, 3:3-6, 5:3, junto con otros pasajes similares, en comparación con la descripción de Judas de los apóstatas y su maldad. Es evidente que ambos estaban seguros de lo que estaban escribiendo, y lo expresaron con palabras que hicieran un impacto definitivo en sus lectores. Ellos no querían agradar a los hombres en su escritura, ni tampoco expresaron sus enseñanzas en palabras confusas, indefinidas, que no ofendieran a sus lectores. Los que hablan la Palabra de Dios deben hablar “conforme a las palabras de Dios” (1 Ped. 4:11), y hacerlo con la carga de un mensaje dado por Dios para el pueblo.

Judas también estaba completamente familiarizado con las enseñanzas del Antiguo Testamento, y su uso de los diferentes juicios de Dios impresionarían a los lectores con la realidad de lo que está hablando. Es interesante que nunca cite directamente del Antiguo Testamento; sin embargo, utiliza ejemplos que eran bien conocidos a sus lectores, e incluye otras fuentes que no se encuentran en la Santa Escritura. Él les recuerda que Dios no cambia su actitud hacia el mal, y no importa dónde se encuentre este mal, será juzgado severamente de acuerdo con el estándar de la justicia Divina. Él habla de un pueblo pecador siendo destruido, ángeles pecadores siendo arrojados, y grandes ciudades como Sodoma y Gomorra siendo destruidas. Él utiliza estas ilustraciones para enfatizar que Dios ciertamente juzgará el pecado, sin importar dónde se encuentre, y tanto más cuando se ve en los que han tenido más privilegio. El Señor también recuerda a Sus oyentes en Mat. 11 que ellos eran más responsables de un juicio más severo que Sodoma y Gomorra, ya que tuvieron más privilegio que esas ciudades. La responsabilidad depende del privilegio y la oportunidad que uno ha recibido de Dios.

Sin embargo, en medio de tales declaraciones condenatorias, Judas constantemente expresa su profundo amor por los santos de Dios. Cuatro veces se dirige a ellos como “amados” (v.1, aceptando la traducción de algunas

versiones de “santificados”) 3, 17, 20. Él también está preocupado por su preservación, ya que utiliza palabras que se traducen así cinco veces (1, 21, 24, en contraste con el v.6, donde los ángeles que no guardaron su dignidad ahora están siendo “guardados”). Este es un elemento que es esencial para nosotros; la preservación de Dios de Su pueblo con su ejercicio de guardarlos se pone en contra de aquellos que no guardan la posición que Dios les ha dado.

Judas ofrece a sus lectores tres puntos de vista a tener en cuenta:

Una Evaluación Actual de su Condición,
Necesidad y Trabajo

Un Recordatorio de Ejemplos Pasados (v.5) y
Palabras Pasadas (v. 17)

Una Anticipación del Futuro (v. 14, 21, 24)

Introducción, v. 1-2

La identificación personal de Judas se basa únicamente en su relación a Jesucristo (un siervo, literalmente, un esclavo) y su bien conocido hermano Santiago. Él nunca pretendió una relación familiar o cualquier cercanía con Cristo, sino más bien lo exaltó sobre todos los demás y descansó contento de ser un esclavo que estaba completamente a las órdenes de Su Señor exaltado. Su lugar es el lugar adecuado que deben tomar todos los creyentes, nunca con familiaridad en cualquier relación con Cristo, sino reconociendo Su grandeza y derecho absoluto de toda autoridad. Él estaba sirviendo a Cristo advirtiendo y exhortando a los santos. También disfrutó una relación familiar y espiritual con Santiago, y parece haber mostrado una fortaleza similar de carácter, un tanto dura, pero profundamente ejercitado por el bienestar del pueblo de Dios.

Como es su práctica, tal vez cerca de 12 veces en la epístola él agrupa su enseñanza en tres, o en triadas. Él escribe en términos que incluyen a todos los creyentes en Cristo. Ellos son Santificados (o amados, en algunas traducciones). Judas ve a los santos como aquellos que son apartados, separados de la contaminación del mundo. Esto se ha logrado posicionalmente por Dios el Padre sobre la salvación, y debe ser visto progresivamente en nuestras vidas a medida que avanzamos. Ellos también son “Preservados (guardados) en/para Jesucristo”. Ambas formas son ciertas, ya que los creyentes son guardados “en” Cristo y “para” Cristo. Es el poder de Dios el que nos guarda, y somos guardados para Su placer y servicio. También fueron “llamados” o elegidos, una expresión que se aplica principalmente a los creyentes genuinos, y que indica que es el propósito de Dios que ha sido expresado en llevarlos a la posición que ocupan. Estos términos están en participio perfecto, mostrando que esta no era exclusivamente una condición inicial o transitoria, pero es permanente y todavía es verdadera.

A continuación, él les recuerda las acciones y la

actitud de Dios hacia ellos. Ellos reciben “misericordia”, “paz” y “amor” abundantemente. Esta es una combinación inusual que es única en Judas. En sus circunstancias, ellos necesitaban las tres: “misericordia” es la compasión práctica de Dios hacia ellos en sus pruebas, la “paz” es necesaria en las condiciones tumultuosas que resultaron de los maestros perjudiciales, y el “amor” es un requisito en vista de su continuación de una estrecha relación con el Señor (v. 21) y una condición útil para con los hombres (v. 22-23). La misericordia se expresó en el amor de Dios hacia el mundo que resultó en Su gracia (“Porque de tal manera amó Dios (la misericordia de Dios) el mundo, que dio (la gracia de Dios) a Su Hijo unigénito...” (Juan 3:16). Pero también en nuestra experiencia, la gracia que nos trajo a Cristo es seguida por la misericordia que necesitamos a lo largo del camino. “Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida” (Sal 23:6). Su deseo es que estos elementos puedan encontrarse abundantemente en sus vidas, “en abundancia creciente” (“Lit. Trans. Wuest”) y esto siempre es el resultado y la expresión de la mano generosa de Dios hacia Su pueblo.

Tras esta apertura, Judas procede a su propósito para escribir. Él explica por qué fue movido a escribir una epístola tan fuerte, en contraste con lo que él había tenido la intención de escribir. Esto, en sí mismo, nos indicaría un aspecto de la gran verdad de la inspiración Divina de las Sagradas Escrituras.

(Continuará)

“El ídolo más querido que haya conocido
Cualquiera que este ídolo sea;
Ayúdame a arrancarlo desde Tu trono,
Y adorarte sólo a Ti”.

“Así será mi andar cercano a Dios,
Calma y serena mi bosquejo;
Así la luz más pura marcará el camino
Que me dirija hacia el Cordero”

William Cooper

La Suficiencia Completa del Sacrificio del Calvario

Dr. E. A. Martin

El Evangelio de Cristo se expone en la epístola a los Romanos como el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Es “al que no obra” (Rom. 4:5), a los que son “débiles” (Rom. 5:6), para los “impíos”, “siendo aún pecadores” (Rom. 5:8), y “siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom. 5:10). Pero hay quienes no están satisfechos con tal evangelio. No están dispuestos a creer que sus propias obras –buenas obras, como ellos las llaman– no tienen nada que ver en la procuración de esta salvación. Había entonces, como los hay ahora, predicadores que enseñaron que, para

ser salvos, el pecador debía hacer algo. Lo que debían hacer se encontraba escrito en la ley.

La epístola a los Gálatas fue escrita para defender el Evangelio contra tales predicadores, a los cuales declara la maldición de Dios. La adición de nuestras obras imperfectas al perfecto sacrificio del Calvario contaminaría el altar de Dios, y así lo “invalidaría”. Tal predicación es un “evangelio diferente”; es “pervertir el evangelio de Cristo” (Gal. 1:6-7).

En el libro de Levítico tenemos la cruz de Cristo representada por cinco diferentes ofrendas para satisfacer completamente la necesidad del pecador – ofrenda por el pecado, por la culpa, el holocausto, la oblación y la ofrenda de paz. Todas estas debían ser sacrificios sin mancha. Él que quisiera añadir una sexta ofrenda, para representar sus propias obras, añadiría un sacrificio manchado, contaminando así el altar de Dios y ameritando la maldición de Dios. Estos mismos cinco aspectos de la cruz de Cristo se presentan en esta epístola, como el único fundamento sobre el cual debe descansar el pecador para salvación, y una maldición unida al hombre que, considerando esto insuficiente, profane el altar de Dios con la adición de sus propias obras.

Cristo, la Ofrenda por el Pecado Completamente Suficiente

“El cual se dio a Sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo” (Gal. 1:4). El pecado es cualquier cosa que un hombre hace contrario al carácter de Dios. El mundo es llamado “el presente siglo malo”. Satanás es su dios y príncipe, y todos los no regenerados le sirven; ni pueden servir a otro amo, por lo tanto, todo lo que emana de ellos es pecado, no importa qué tan bueno pueda parecer ante sus propios ojos. El hombre arrepentido es el hombre que ha aprendido que esto es cierto para él. Él puede ser lo que el mundo religioso denomina un buen hombre, pero descubre que no hay nada bueno en él, y el lenguaje de su corazón es, “He aquí que yo soy vil” (Job 40:4), “Ay de mí, que soy muerto” (Is. 6:5). Él se ve a sí mismo no sólo desprovisto de buenas obras, sino también de bondad. El evangelio de la expiación es una buena noticia para éstos. “Se dio a Sí mismo por nuestros PECADOS”, (Gal. 1:4). “Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Heb. 13:11-12). A causa de nuestros pecados Él fue expulsado por no ser apto para la ciudad de Dios. A causa de Su sangre fuimos hechos aptos para el mismo santuario de Dios. Nuestros pecados fueron imputados a Él; Su obra justa es imputada a nosotros. El hombre que se considera a sí mismo que no es completamente malo es, según su propia opinión, un pecador demasiado bueno como para ofrecer sólo a

Jesucristo como sacrificio por el pecado. Él necesita añadir sus propias “buenas obras”, y así, él contamina el altar y merece la maldición de Dios.

Cristo como la Ofrenda por la Culpa Completamente Suficiente

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gal. 3:13). Mientras que pecado es todo aquello que es contrario al carácter de Dios, la transgresión es el quebrantamiento de los mandamientos de Dios. Es una forma agravada de pecado, y puede ser hecha intencionalmente o por ignorancia. La transgresión se mide por la Palabra de Dios, y no por nuestro conocimiento de esa Palabra. “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gal. 3:10). Cuando el Espíritu de Dios trata con un hombre, éste descubre que no ha guardado TODOS los mandamientos de Dios, no, ni siquiera uno de ellos, y que está bajo la maldición de la santa ley. El evangelio de la expiación de la culpa es una buena noticia para tal persona. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley” (Gal. 3:13). La maldición que fue por mi culpa cayó sobre Uno que fue “herido por nuestras (mis) transgresiones” (Is. 53:5), y yo soy libre.

Y no sólo eso, la “bendición de Abraham” es ahora mía, por medio de Jesucristo. En el caso de la transgresión, no sólo había el sacrificio de la víctima; también debía haber restitución de lo que había sido perjudicado, según la evaluación del sacerdote, más una quinta parte añadida al importe original de la transgresión. La transgresión de Adán robó a Dios lo que se le debía, y robó a la familia humana de la vida en el Edén, llenando el mundo con violencia y derramamiento de sangre, pero por medio de la expiación de la culpa en el Calvario, Dios es glorificado por encima de Su gloria en el Edén, y los salvos tienen algo que es mejor que la vida en el Edén –vida eterna; no simplemente el Edén, sino el Paraíso de Dios; no simplemente una visita de Dios, sino Dios morando en medio de Sus redimidos. De modo que se ha añadido por esta única ofrenda algo infinitamente mayor que lo que fue quitado, y mientras que la restitución del hombre a su prójimo tiene su justo lugar, sin embargo, no añade nada a la gran ofrenda por la culpa, y el que se apoya para salvación, aunque sea en parte, en cualquier sufrimiento que pudiera soportar a causa de su propia culpa, o sobre cualquier restitución que pudiera hacer, sólo añade a lo que contamina, y por lo tanto invalida la cruz de Cristo. Él permanece bajo la maldición.

Cristo como el Holocausto Completamente Suficiente

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gal. 2:20). El holocausto difería de

las ofrendas por el pecado y por la culpa en que era una ofrenda de olor grato. Habla del fundamento de nuestro acercamiento con la aceptación de Dios. Encontrándonos completamente indignos, nos acercamos en Su nombre. Cristo en todo Su servicio, persona, experiencia y andar, probado por la infinita santidad y justicia de Dios, fue encontrado perfectamente aceptable, en olor grato a Dios, y no sólo eso, sino un olor de descanso, porque es lo que indica la palabra hebrea, siendo eso en lo que Dios podía descansar con plena satisfacción y deleite, habiéndose manifestado todos los atributos y perfección, armonizado y glorificado por ese ello. “A todo esto Dios ha puesto Su sello al levantarlo de los muertos y ponerlo a Su propia diestra. Por lo tanto, el así llamado holocausto es, hablando con propiedad, la ofrenda ascendente, como lo estableció Cristo, no sólo en vida y muerte, sino en resurrección y ascensión. El ofrendante, al acercarse a Dios, consciente de su propia imperfección de carácter y conducta, se acerca en el nombre de Aquél en quien se vio en completa perfección toda virtud humana y excelencia, el señalado entre diez mil y el dulcísimo, para ser aceptado en el olor grato de lo que Cristo fue en la estimación de Dios Su padre, en la perfección de Su vida, así como en el valor de Su muerte expiatoria” (Newbury).

El pecador que cree en añadir algo de su propia bondad para su aceptación, cree en otro evangelio diferente al holocausto del Calvario, y está bajo la maldición.

Cristo como la Oblación Completamente Suficiente

“Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gal. 2:20, 21). Bajo la ley siempre se encontraron juntos el holocausto y la oblación. Aquí también los tenemos en estrecho contacto. En cuanto al significado de la oblación, vamos a citar de nuevo al mismo autor, “La así llamada oblación es, hablando propiamente, una ofrenda de don, la palabra hebrea (minkhah) se deriva de una raíz que significa dar. Es un tipo hermoso, similar al del maná, que representa a Cristo como el don de Dios (Juan 3:16, 6:32, Gal. 2:20). La “flor de harina” es emblemática de la humanidad pura y santa del Hijo del Hombre, la simiente de la mujer, el hijo de la virgen. “Sin levadura”, porque aunque fue hecho en todo semejante a Sus hermanos, y en la semejanza de carne de pecado, Él fue sin pecado—“Santo, sin mal, separado de los pecadores”. Todo lo que Jesús fue en persona, carácter, experiencia y sufrimientos expiatorios, siendo probado por la santidad y la justicia de Dios, resulta ser lo más santo y aceptable, y en lo que toda la perfección divina puede alimentarse con satisfacción infinita y deleite. En esta santa comunión el creyente también tiene su parte, en su carácter sacerdotal, por medio de la comunión del Espíritu Santo él también puede alimentar y triunfar y reposar” (Newberry).

El alimento del hombre que es crucificado con Cristo, y que aún vive, no es otro que el alimento del altar de Dios, la oblación. “Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”. El pan del cielo, el pan de vida, alimentado de la fe, se asimila; es parte de nuestro mismo ser y se vive una nueva vida en la fortaleza de ese pan. En el momento en que un pecador, sin importar qué tan degradado e impotente sea para llevar una vida justa, se alimenta con la oblación por recibir al Señor Jesucristo como Salvador, en ese momento recibe poder para producir los frutos de justicia. Cristo vive en él. La vida que él vive ahora la vive por la fe del Hijo de Dios. La misma fe que le permitió a Él vencer al mundo mora en el creyente verdadero, y a pesar de muchos tropiezos, él también vencerá al mundo. Este poder de llevar una vida agradable a Dios es el resultado de alimentarse con la ofrenda de harina (oblación), es el resultado de la salvación y no lo que la consiguió. El que, con el fin de obtener la salvación, presenta su propia justicia, sólo contamina la ofrenda de Dios y está bajo maldición.

Cristo como la Ofrenda de Paz Completamente Suficiente

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz sea a ellos” (Gal. 4:14,16). El pecador es un rebelde contra el gobierno de Dios, y por lo tanto, es ajeno a la paz. Para él, Dios es un enemigo terrible, capaz de atraparlo en cualquier momento y lanzarlo al infierno. Él puede proponer muchos términos de paz con Dios, como profesar una religión, decir oraciones, hacer penitencia, o realizando buenas obras, como él las llama. Él va a “dar su corazón a Dios”, “hacer avanzar el reino”, “unirse a la iglesia”, como él dice, y mil cosas más, en el vano esfuerzo de hacer la paz con Dios. Pero a pesar de que dé todo, no es una ofrenda de valor suficiente para lograr la reconciliación con Dios. Nada de lo que el pecador puede hacer puede sacar de su corazón el amor al pecado, con su consiguiente odio a Dios. “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Rom 8:7-8).

La ofrenda de Paz nos dice sobre qué fundamento Dios mismo propone la paz: “La paz mediante la sangre de Su cruz” (Col. 1:20). Por medio de la cruz, el mundo me es crucificado y yo al mundo, “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación. Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz sea a ellos” (Gal. 6:15-16). Esta doble crucifixión saca al pecador de la vieja creación y le pone en la nueva, donde reina la paz, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son

hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). Cuando Dios y el pecador se encuentran en la Cruz, todo lo que estaba entre ellos es eliminado, y el pecador, al convertirse en parte de la nueva creación, entra en la paz tan perdurable como la nueva creación, la eterna paz de Dios. Aquél que con el fin de obtener la paz con Dios ofrece lo que ha emanado de sí mismo contamina con esto el altar de la ofrenda de paz de Dios, y trae sobre sí la maldición de Dios.

Lector, ¿en qué está usted descansando para salvación? ¿Es sobre algo que usted ha hecho en el pasado; sobre algo que esté haciendo; o aún hará? Entonces usted está bajo la maldición de Dios. ¿Cómo se atreve a añadir sus obras contaminadas al santo sacrificio del Calvario? ¿Puede afirmar que el Sacrificio es insuficiente y todavía esperar escapar de la maldición de Dios? Bienaventurados todos los que encontraron en sí mismos sólo pecado, culpa, inaceptabilidad, muerte y enemistad contra Dios, y encontraron en Aquél que colgó en el madero todo lo que se requiere para cubrir su necesidad, así como eso que glorifica infinitamente todo atributo de un trino Dios Santo.

La Perversión, Propósito y Proclamación de la Cena

1 Corintios 11:20-34

Robert Surgenor

Era muy común en los primeros días de la Iglesia que los creyentes se reunieran a diario para una fiesta de amor y un tiempo de comunión unos con otros (Hechos 2:46). Corintio era una cosmopolita ciudad portuaria, ocupada con bellas artes, oratoria, filosofía, y sin embargo, muy licenciosa con su culto a Venus, la diosa de la lujuria. Cuando Pablo entró en Corinto para predicar el evangelio, “muchos de los Corintios, oyendo, creían y eran bautizados” (Hechos 18:8). Continuando allí por un año y seis meses, Pablo les enseñó los principios de la asamblea, y Dios en su gracia otorgó dones espirituales a la asamblea.

Entre los conversos estaban fornicarios, idólatras, afeminados, los que se echan con varones, ladrones, avaros, borrachos, maldicientes y estafadores. Sin embargo, Dios los santificó y los justificó por medio de su fe en el Señor Jesús, que dio como resultado su lavamiento (1 Cor. 6:9-11). ¡Qué dramático cambio en su estilo de vida! Esto fue a su crédito.

Sin embargo, como una asamblea, todavía parecían mirar con ligereza sobre ciertos pecados, como muestra la lectura de 1 Corintios 5. Muchos errores comenzaron a levantar su horrible cabeza en la asamblea de Corinto, y Pablo les escribe su primera epístola para corregir sus errores.

El error expuesto en 1 Corintios 11 fue que no estaban guardando la Cena del Señor de forma bíblica. En vez de esto, estaban haciendo una fiesta de amor ajena a la

Cena. Los ricos traían abundancia de alimentos delicados para atiborrarse, mientras los pobres pasaban hambre. Algunos incluso se emborrachaban por consumir el vino que era el emblema de la sangre del Señor. La Cena del Señor fue instituida para el bien del alma, no para el bien del estómago.

Entonces Pablo los reprende fuertemente, y les dice que al reunirse así para recordar al Señor, en realidad no estaban guardando la Cena en lo absoluto. La traducción marginal del versículo 20 es, “Cuando, pues, os reunís en un lugar, vosotros no podéis comer la Cena del Señor”.

No sé de una asamblea hoy donde prevalezca tal perversa actividad por la mañana del Día del Señor en la Cena del Señor. Sin embargo, es posible para una asamblea simplemente seguir todo el procedimiento de forma mecánica, pensando que están guardando la Cena del Señor, cuando en realidad el Señor no está reconociendo en lo absoluto su pequeño “programa”, o “ritual”. Examinémonos a nosotros mismos.

Pablo había recibido personalmente del Señor resucitado el modelo de la Cena. Al relatar esto, también dijo, “Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan”. Hay algo digno de notar aquí, y se encuentra en la palabra “fue entregado” [fue traicionado]. La Biblia Newberry muestra que la palabra “fue” está en tiempo imperfecto. Entonces debe leerse, “estaba siendo entregado” [estaba siendo traicionado], lo que muestra claramente que mientras el Señor estaba instituyendo la Cena, Judas se estaba reuniendo con los principales sacerdotes que pactaron con él para traicionar al Señor por treinta monedas de plata. Esto es otra prueba de que Judas no estaba en la Cena del Señor.

“Esto es Mi cuerpo que por vosotros es partido”. La traducción de J. N. Darby lee, “Esto es Mi cuerpo, que por vosotros es”. No hay verbo “partido” en el texto. Su cuerpo fue “dado” (como hemos notado) para pagar nuestra deuda, pero nunca fue partido. Él fue azotado, magullado, golpeado, cortado, y herido de Dios, pero Su cuerpo nunca fue partido. La Escritura declara, “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Ef. 5:30). Me gusta pensar de esto en esta manera, que al igual que Su cuerpo nunca fue partido, así yo, al ser miembro de Su cuerpo nunca seré partido (separado) de Él.

Recuerdo que hace años, mi querido amigo, el difunto G. P. Taylor, llegó a la asamblea de New Creek en Virginia Occidental, y dio un buen ministerio práctico. Sin embargo, el Día del Señor en la tarde, durante su reunión, dijo que todas las reuniones de la asamblea eran igualmente importantes como cualquier otra reunión de la asamblea. Mientras conducía de vuelta a la casa donde nos alojábamos, me preguntó cómo sentí que fue la reunión. Yo le dije, “Hermano Taylor, si el doctor le permitiera salir de su casa sólo dos horas a la semana, ¿a cuál reunión elegiría asistir?” Él espetó, “¡Al partimiento del pan, por supuesto!”

Entonces le dije, “¿Por qué no asistiría a la reunión de oración, o a la reunión del evangelio, o el estudio bíblico, siendo que usted dijo que toda reunión era igualmente importante?” Él me dio esa “sonrisa G.P” y dijo, “Me atrapó”.

El congregarse para la Cena del Señor no es un mero requerimiento, es un mandato directo – “haced esto”. Este mandato está en tiempo presente continuo, lo que indica Su deseo de que lo mantuvieran continuamente en su memoria a lo largo de su jornada aquí. La palabra “memoria” significa un llamamiento afectuoso a la mente de uno de una persona amada. Pablo luego declara el resultado final de la Cena; “Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (v. 26). La palabra “comer” significa “devorar, consumir”.

Una vez le pregunté al difunto William Warke cómo fue manejado el pan después de la Cena. Él dijo que no creía que había quedado algo, sino que ellos consumieron todo. El difunto William Williams dijo que algunos santos toman una porción tan pequeña del pan que podrían perderlo si caía en una cavidad de sus dientes.

Me han preguntado muchas veces qué se debe hacer con lo que resta de los emblemas. ¿Debe alguna hermana llevarlo a casa para budín de pan, o debe ser reservado con un alimento? En lo que se refiere al pan, es sólo pan, sin embargo, es pan ordinario que fue utilizado para una ocasión muy especial. Vamos a desecharlo de una forma discreta, y no lo usemos para satisfacer nuestros estómagos. Algunas asambleas parten el resto en migajas para alimentar a las aves. El vino que resta en la copa nunca debe ser vertido de nuevo en el recipiente que contiene vino fresco. Existe la posibilidad de que con el tiempo se contamine todo el recipiente. Lo más apropiado a hacer con el vino que resta en la copa es desecharlo.

Usted recordará en Mateo 26:27, cuando el Señor estaba instituyendo la Cena dijo, “Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos”. Cuando fue plantada la asamblea de New Creek, una dama estaba muy indecisa sobre entrar en la comunión, por lo que fui a visitarla. Muy seria, me dijo que ella quería estar en la asamblea, pero sentía que era demasiado para ella tratar de consumir una copa completa de vino en la Cena. Le pregunté qué le hizo pensar que se esperaba que bebiera casi un cuarto de litro de vino o más cuando hiciera memoria del Señor. Abriendo su Biblia, me mostró Mateo 26:27, donde la traducción decía: “Bebed todo de ella”. Ella pensaba que cuando la copa se pasara a un creyente, esa persona estaba obligada a beber toda la copa, y luego se volvería a llenar para la siguiente persona, hasta que todos en el círculo habían tomado individualmente toda una copa de vino. Le mostré el texto en griego, que debía leerse, “Bebed todos de ella”. Ella sonrió con un suspiro de alivio, y el siguiente Día del Señor cuando la asamblea recordó al

Señor por primera vez, ella estaba en el círculo.

Recuerdo a William Williams relatándome un incidente que tuvo con una pareja recién salvada en Venezuela. Visitando su casa unos pocos días después de que habían sido recibidos en una asamblea, observó un plato cubierto con una tapa de cristal encima de la repisa. En el plato había un trozo de pan, El hermano Williams preguntó al respecto, y el hermano recién salvado le dijo que el pedazo de pan era de su “primera comunión”. Antes de su conversión, ellos fueron Católicos Romanos, y he aquí que en su primer partimiento del pan, arrancó un pedazo del pan y lo llevó a casa para adorarlo. Habiendo adorado estatuas antes de su salvación, él todavía llevaba algunas “vendas” del Catolicismo Romano. William Williams se acercó a la repisa, levantó la tapa de vidrio, recogió el plato que tenía el pan y se dirigió a la puerta y arrojó el pan fuera de la casa. Estaban haciendo un ídolo del pan para adorarlo.

Por otro lado, escuché de una asamblea donde los niños de los cristianos corrían a los emblemas después de que la reunión se cerraba en oración y arrancaban pedazos para comer. ¡Qué vergüenza! Tal actividad impura nunca debe ser tolerada. Dios hará responsables a los ancianos por permitir tal actividad irreverente. En una asamblea, después del partimiento del pan, se servía un refrigerio en el sótano. Dos jóvenes “hermanas”, hijas de un anciano, y supuestamente en comunión, tomaron el pan e hicieron bolitas de masa para lanzarlas una a la otra en el comedor del local. Esto molestó tanto a una pareja, que anteriormente eran luteranos, que se quejaron con el padre de las jóvenes que arrojaban el pan a la otra. En lugar de reprender a las jóvenes “hermanas”, la pareja que se quejó fue reprendida. En consecuencia, dejaron la asamblea, y me dijeron que habían sido testigos de más reverencia en la Iglesia Luterana que en esa asamblea.

Las condiciones carnales en Corinto fueron graves, pero estemos todos alertas, porque la carne todavía está muy viva, y existe el peligro de que, poco a poco, nosotros también podamos desviarnos a un irreverente estado carnal, como la asamblea justo mencionada.

(Continuará)

La Aurora desde lo Alto.

“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora” (Lucas 1:78).

Este hermoso nombre que Zacarías usó para hablar de la venida del Salvador fue pronunciado cuando fue “llenó del Espíritu Santo y profetizó” (Lucas 1:67), por lo tanto, dirigido por el Espíritu Santo para así hablar de Cristo. Es interesante que también lo llamara “el Altísimo” y “el Señor”, y anticipara que Él daría “conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados” (v. 76-77). Esto fue dicho antes del nacimiento de Cristo.

Es sólo en este pasaje que encontramos esta palabra

particular, que traduce la palabra griega que significa “el oriente” (Mat. 2:1-2, 9) o “ascendente”. El Dr. Robertson (“Robertson’s Word Pictures”) se refiere a la salida del sol o las estrellas, y el Comentario del Púlpito dice que se “deriva de la magnificencia del amanecer del oriente. En su servicio en el templo en Jerusalén, el sacerdote debe haber visto el amanecer rojizo surgiendo grandiosamente sobre la cadena oscura de las montañas distantes e iluminar con un resplandor de gloria dorada las colinas perpetuas”. Encontramos expresiones similares en las profecías que anticiparon la venida del Mesías, como en Isaías 60:1-3 y Su advenimiento venidero de gloria que Malaquías anticipa en 4:2.

F.B. Hole indica que esta expresión, “La Aurora desde lo alto” es una expresión peculiarmente preciosa de Cristo. Las palabras alternativas para “Aurora” serían “Alba” o “Amanecer”. “Su llegada era de verdad el amanecer de un nuevo día. Todo amanecer terrenal ha sido, a los ojos humanos, de abajo hacia arriba. Éste era “desde lo alto”, esto es, de arriba hacia abajo... él vio sin embargo, que significó el arribo de luz y paz para los hombres; y aquí comienza a hablar de las cosas que fueron felizmente logradas en la primera venida de Cristo... en el primer vistazo que tenemos de él (Zacarías), es un hombre atribulado y temeroso. Su última palabra registrada en la Escritura es “paz”. Había visto por fe la venida del Salvador, como el amanecer de un nuevo día de bendición, y eso hizo toda la diferencia”.

Esa venida a la que se refiere Malaquías 4:2 en el futuro, un amanecer más grande, la venida en gloria de Aquél que se levantará con “alas que traerán salvación”, y librá a Su pueblo para traer paz y bendición duraderas. Éste será el último amanecer, porque en el día eternal, “No habrá allí más noche... porque Dios el Señor los iluminará” (Ap. 22:5).

Las promesas de Dios no se agotan cuando se cumplen, porque una vez realizadas, se presentan tan bien como lo hacían antes, y podemos esperar un segundo cumplimiento de ellas. Las promesas del hombre, incluso en el mejor, son como una cisterna que mantiene sólo un abastecimiento temporal; pero las promesas de Dios son como una fuente, nunca se vacía, siempre desbordante, por lo que puede extraer de ella la totalidad de lo que al parecer contiene, y aún estará más llena que nunca.

Altars de la Biblia (1)

El Altar Familiar

Alcímides Velasco

Es interesante notar las referencias a diversos altares en las Escrituras, que tienen una connotación espiritual con lecciones prácticas. En sentido general un altar en las

Escrituras está asociado con un sacrificio, que tiene como finalidad establecer o mantener una buena relación con Dios. Tomaremos como base para el Altar Familiar, el ejercicio de Job en su preocupación por sus hijos, ofreciendo a favor de ellos holocaustos y expiaciones. Veamos cómo su ejemplo de padre en la antigüedad, puede ayudarnos a nosotros en esta era moderna tan contaminada de peligros para la niñez, adolescencia y juventud.

1. Ocasión para una sana distracción

Se infiere que los siete hijos varones de Job eran casados, y que las tres hijas vivían aún en casa de sus padres. Entre ellos existía una armonía ejemplar. La emancipación del hogar paterno por el matrimonio no afectaba la relación fraternal entre ellos; puesto que tenían la sana costumbre de juntarse por turnos rotativos para celebrar un festejo en un ambiente familiar. Job otorga cierta libertad a sus hijos porque los considera suficientemente responsables. Este hombre de Dios era equilibrado como hombre piadoso, su carácter era incompatible con la maldad, pero no con la verdadera alegría. El no era extremista en materia de sano compartimiento; pero como notaremos más abajo, por experiencia era consciente del peligro que corrían los asistentes a aquellos ágapes.

El frecuente uso de lo legítimo, sin el debido cuidado puede convertirse en abuso. Lo bueno sin los ajustes de control, puede llegar paulatinamente a transformarse en malo. No en vano dice la Escritura: “Todo me es lícito, pero no todo conviene”. (1 Cor. 6:12; 10:23) Los principios puestos de manifiesto en la sección comprendida entre estas dos porciones de Primera Corintios, establecen que si algo que hacemos no está en riña con las Escrituras, ni hace tropezar a otros creyentes, ni tampoco hace alejar a los que buscan la salvación, entonces se deja a la libertad de la conciencia. Con todo eso, la Biblia enseña, que debemos evitar toda situación que, aunque nos parezca sana, se da ocasión para que “el hermano débil se ofenda, tropiece o se debilite” (Rom. 14:21).

2. Opción para una Profana Contaminación

El antiguo patriarca no está haciendo juicios precipitados contra sus hijos, ni dando por sentado que aquellas reuniones fuesen en sí mismas pecaminosas; él dice: “Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones” (Job 1:5).

El hecho de ser hijos de un padre rico les permitía el lujo de hacer banquetes familiares varias veces al año. La buena comida y el buen vino (1: 13) no estaban ausentes en estos convites. El Santo Libro dice: “el vino es escarnecedor, y la sidra alborotadora, y cualquiera que por ellos yerra no es sabio” (Pr. 20:1).

Había la posibilidad de que en el calor de la fiesta hayan ofendido secretamente a Dios. De modo que el razonamiento de Job no era ni carnal ni malicioso; estaba

basado en principios Escriturales: a) nuestra naturaleza es mala; b) el ambiente con música suave, y bebidas light es sutilmente peligroso c) el enemigo busca ocasión para abrir la opción al pecado. Es más, él no está imaginándose fallas morales manifiestas. Él está previendo malos pensamientos en el corazón de sus hijos, que podrían dar lugar más adelante a inmundicias carnales.

Cuesta trabajo pensar que un hombre de la talla de Job, antes que se iniciaran aquellos convites, no amonestara e instruyera a sus hijos sobre los riesgos que se podrían presentar en aquel entorno de sana alegría. Un exceso de tolerancia en esto, puede traer nefastas consecuencias. Recuértese la amarga e ingrata experiencia de Elí (1 Sam. 2:12, 29-36).

3. Preocupación por una Temprana Purificación

Job conocía el remedio contra el pecado, sea éste de omisión o de comisión. La relación con Dios se restaura sobre la base de la provisión cruenta que está sobre el Altar. En la era patriarcal el sacerdote que oficiaba era el padre de familia. Job haciendo uso de esta mayordomía, cuando han pasado todos los turnos de los banquetes, enseguida llama a su casa a sus hijos, madruga para convocarlos delante del Altar. Su preocupación, no es de condenación sino de rectificación devoción. Él no ofrece un sacrificio colectivo. Con ejercicio espiritual se propone llegar a la conciencia de cada uno de sus hijos. El texto dice: “Ofrecía holocaustos por cada uno de ellos.” ¡Qué tremenda impresión causaría en aquellos hijos ver que su padre, el “hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” se encontraba en el Altar oficiando a favor de cada uno de ellos! El primogénito, el mediano y el benjamín, todos debían darse por aludido.

Aquella llama que subía de aquel altar, es figura del santo fervor que debe subir continuamente del corazón del creyente, que con ejercicio está continuamente juzgando su pecado en la presencia de Dios. Un equivalente a esta actitud, corresponde hoy a la buena práctica de encender el altar en una reunión de culto familiar: El padre y esposo, la esposa y madre, y los hijos, apartan un tiempo en el día para la lectura del Libro, para la oración intercesora, y el cántico entonado adecuadamente. ¡Que saludable es esta reunión para el bien espiritual de los hijos, en días cuando por todos lados se esparce continuamente la siembra de antivales.

Se resquebraja nuestra sociedad. Lo único que puede salvar a la nueva generación, de ser contaminados con esta ola de materialismo, es volver a estos principios divinos. ¡Parejas jóvenes levantando familias, hagamos como Elías, que restauró el altar de Dios que estaba arruinado! (1 R. 19:30)